

Entre todos la mataron y ella sola se murió

Nuestra labor como médicos es hacer todo lo posible para que los pacientes nunca pierdan la esperanza, para que su estado de ánimo sea capaz de afrontar los más duros reveses de la vida. Con todo, en muchas ocasiones las circunstancias son tan tercas que ni siquiera nosotros encontramos los argumentos que estimulen al paciente a seguir luchando.

Caso clínico

Palomo Sanz V¹, Orío Moreno E¹, Bárcena Miguel R², Zancada Martínez B¹, Morales Gutiérrez F²

¹Médico

²DUE

Centro de Salud de Torrelaguna (Madrid)

Esta mañana he abrazado a un paciente. Se ha quedado muy envarado cuando le he apretado entre mis brazos y su cara ha dibujado una mueca proyecto de sonrisa cuando a la vez le he dicho al oído "por si no nos volvemos a ver".

Sí lector, no te has equivocado. Querías leer un caso de errores médicos y es lo que tienes frente a ti. Pero esta vez, no sé si por influencias del Tuerto o del Gervas, lo escribo desde el corazón, más que desde la demostración, que lo bueno a veces se pega a fuerza de admirarlo. También es verdad que me animo a escribirlo porque espero que a alguien le pueda servir de algo en su práctica clínica. El error tendrá que buscarlo el lector cuando termine la lectura.

El paciente tiene 47 años y la vida no le ha tratado muy bien. Se casó muy pronto (de edad y de noviazgo) y, claro, salió mal. Su matrimonio duró meses, los suficientes para embarazar a su chica. Se separaron antes del año. Su hija tiene ahora 17 años, pero no la conoce.

Tras la separación estuvo tres años bebiendo para olvidar... Y se hizo alcohólico. Al cabo consiguió dejarlo,

con fármacos y el apoyo de alcohólicos anónimos, aunque dejó de ir a las reuniones demasiado pronto.

Luego tuvo unos años de vago medio maleante viviendo del paro y trapicheos. Hasta que se sacó el carnet de primera especial y empezó a llevar camiones de gran tonelaje por Europa. Fue su mejor época. Ganaba dinero y se compró una berlina deportiva... para tenerla aparcada frente a su casa, pues sólo venía al pueblo siete días cada tres meses. En esos siete días no sabía qué hacer, se aburría, y empezó a echar dinero en las tragaperras. Tardó un año en venir a consulta y pedirme ayuda: era ludópata. También salió de



ese túnel, con el concurso de los compañeros del Centro de Salud Mental.

Hace doce años vino a verme por astenia, pérdida de peso y adenopatías laterocervicales. Reconoció que a veces había estado con prostitutas (casi siempre en la Europa del Este), sin protección. Le pedí analítica y me llamó desde Londres para pedirme el resultado. Tenía SIDA pero le mentí; dije que no había nada importante pero que volviera a verme pues había que repetirlos por anemia. Cuando vino le di la noticia.

Empezó el seguimiento-tratamiento de su enfermedad y desaparecieron los síntomas. Se encontraba mejor. Tuvo una novia. Vino incluso a plantearme si podrían tener hijos con su esperma. Todavía no le había contado lo de su enfermedad. Su ilusión duró menos de un año. Cuando la chica supo lo del SIDA le dejó.

Pasaron los años. Le veía de vez en cuando, siempre triste e irónico. Ocupaba el tiempo con sus viajes por Europa y las videoconsolas. No salía con amigos o amigas. Continuaba con el tratamiento. Se quejaba de la cantidad de pastillas que debía tomar. Una vez hizo "vacaciones de pastillas" tras meses. Se encontraba mucho mejor. Pero tuvo miedo y me preguntó qué podía pasar. Le expliqué que aumentaría la replicación viral y sólo era cuestión de tiempo que empezara a tener enfermedades asociadas al SIDA (diarreas, neumonías, micosis...). Le convencí y retomó el tratamiento. Hace de esto 4 años.

En los últimos 6 meses ha venido a consulta con más frecuencia de la habitual, cuatro veces en total. Motivos banales: pirosis, dispepsia flatulenta, lumbalgia, cefalea. En mi consulta de 5 minutos por paciente, 45 pacientes al día, ni una sola vez le he preguntado por su tratamiento ni si seguía con los controles. Lo daba por supuesto. Tampoco le pregunté por su trabajo.

Esta mañana volvió. Nunca había visto un muguet tan espectacular. Le he preguntado, claro. Lleva un año sin tomar el tratamiento. Sin trabajo desde hace año y medio. Su decisión es consciente. Quiere morir. Su vida no le vale la pena. No tiene horizontes ni ilusión. Nada le importa. He intentado convencerle de que tiene una depresión y que me deje tratarle; de que vuelva con los antirretrovirales, de que el tratamiento ahora es más cómodo pues han comercializado la asociación en un comprimido de tres de ellos. Nada. Le he explicado lo que le esperaba: infecciones, ingresos en hospital, disnea, diarrea, adelgazamiento, manchas en la piel... Y nada.

Al final, le he dicho que para evitar sufrimientos a su madre, tenga valor y se tire del muro de la Presa abajo, que sólo es un instante. Y le he pedido que me dé un abrazo... por si es la última vez que le veo.